

PROVIDENCIA DE DIOS EN EL RÉGIMEN Y GOBIERNO DEL UNIVERSO.

(CONTINUACION) (1)

Habrà quien, pensando contradecir la Providencia de Dios, y no atreviéndose à negarla en absoluto, nos remita à unas leyes fijas, con las que Dios quiso dar ó diò como el primer impulso al movimiento y conservacion de los seres, y à las que ya obedecen imperturbablemente. Sentando este antecedente, quieren inferir el consiguiente de que no se verifica la accion actual y permanente, influyente y modificativa de la providencia sobre sus criaturas, segun en justicia convenga à sus secretos fines.

De esa misma errónea teoria, hacen derivar otra análoga al mundo moral, suponiendo que, dado el libre albedrío del hombre y las concausas que le rodean en sus operaciones, no existe, no puede existir esa providencia permanente y actual, ó de influjo y direccion sucesivos.

No es posible negar, que à la naturaleza le fueron prescritas leyes à que obedece; que se le dieron lineas trazadas para el curso de sus astros; que se le creó el secundo depósito de los aromas, y de las formas, y de los colores, y de todo cuanto contribuye à la propagacion, embellecimiento, y demás cualidades de los seres que esa naturaleza encierra.

Empero, ¿qué es esto màs que la accion constante providencial de Dios, que todo lo hizo, y lo está haciendo en cierto modo, pues le va prestando sin cesar los elementos de conservacion? Digamos ademàs: Ó Dios ya ejerció de una vez para siempre su

(1) Vease el número anterior.

providencia, ó la ejerce hora por hora. Fijémonos, pues, en que son idénticas ambas proposiciones. De cualquiera modo que se mire, aparecerá constantemente lo mismo.

Si ejerció Dios de una vez para siempre su providencia; si en su inmensa sabiduría, desde ab eterno dispuso ya las cosas del modo que podía disponerlas momento por momento, según à su justa voluntad placiese; de nada sirve la objecion de esas leyes fijas y como antiguas à que obedece la naturaleza, porque ello es, que en ella se dispuso anticipadamente cuanto necesitaba para su vida y para su conservacion, cuanto debia disponerse al cumplimiento de la voluntad de Dios.

Y si sostenemos que la Providencia de Dios se hace sentir minuto por minuto, mediante una mirada y una accion actual, renovada, digámoslo así, y permanente, habrémos dicho bien; la filosofia, la razon, no se nos opondrán, porque las obras de la naturaleza hablan à la filosofia para que forme convencimiento. La filosofia reconoce à Dios, y ha de reconocerle con todos sus atributos ò perfecciones. Tiene, pues, que confesar la providencia, aunque prescindida de la Revelacion, y de la tradicion, y de la historia y de las mismas obras de la naturaleza en sus efectos. En abstracto, en absoluto, reconcentrada en sí misma, dadas las ideas de Criador y criatura, ha de inferir que la Providencia es una necesidad en Dios.

En cuanto al mundo moral, digamos. Hay en el hombre inclinaciones, instintos; hay un consorcio especialísimo y misterioso entre el alma y el cuerpo para sus respectivas y variadas funciones; existe en él la libertad, el libre albedrío; por el libre albedrío obra con voluntad propia; mas sin embargo, la accion de la Providencia de Dios en las acciones de los hombres, en la direccion, permission y gobierno de las cosas humanas, es de evidencia matemática.

Llegamos, pues, al punto culminante de nuestro objeto en este trabajo.

En la vida física como en la vida moral de la naturaleza y de los pueblos ejerce Dios su Providencia, haciendo, ó permitiendo; gobernando, según lo que mas conviene al plan armónico que en sus eternos consejos vea su infinita Sabiduría: armonía que ha de resultar del consorcio de su Caridad ò Amor con su Justicia, lo cual solo es propio de su Omnipotencia.

He aquí cuatro atributos determinantes de la Providencia. La Sabiduría, que sabe lo que ha de ordenar; la Caridad, que anhela atender à todo; la Justicia, que nada desatiende; y la Omnipotencia, que todo lo armoniza.

Detengámonos algun tanto en este punto, reflexionando con el libro de la historia abierto.

Ante todo, queremos llevar la atencion hacia un acontecimiento universal, tradicional é histórico, de suma importancia en el

asunto. No ha habido ni lo hay pueblo alguno que no haya creído y crea en una Suprema Causa, aunque haya caído en el error de la pluralidad de Dios. Aun con este error, ello es, que es un hecho constante la creencia respecto de Causa Suprema. A esta creencia ha ido inevitablemente unida la de que esa Causa es providente, esperándolo todo de su poder, así en la paz como en la guerra, en la adversidad como en la bonanza, en la abundancia como en la escasez.

Lo mismo los indios que los hebreos, que los persas, que los griegos, que los romanos, que los pueblos antiguos ó modernos.

Esto es muy importante, y la crítica lo acepta, y podemos y debemos invocarlo.

Reconocido esto, continuemos.

Los libros sagrados nos suministran abundantes hechos que demuestran palpablemente esa providencia de Dios, Entre esos hechos, hay algunos patentemente milagrosos; así que, mas clara se ve, por ellos, esa misma providencia.

Milagrosos, si: no tengamos inconveniente en decirlo, en confesarlo. Si lo negásemos, negariamos además de la Revelación, la historia; y negariamos la Omnipotencia de Dios, que sacó al Universo de la nada, milagro de milagros. Y si se nos dijera que esa creación ha constituido, ó ha sido el modo ordinario de la acción del Sér Supremo, la misma razón natural nos hará deducir, que Dios no se pudo privar del modo extraordinario, pues esto sería querer poner límite, cortapisa y por consiguiente, imperfección al Espíritu Creador infinito. Además, que nuestra pobre vista, nuestra pobre inteligencia hace esas distinciones de lo ordinario y de lo extraordinario; cuando esencialmente en Dios, así creemos que podemos afirmarlo, no hay más que un solo modo de obrar, el ordinario, ó sea, aquel que más ó menos milagroso á nuestra manera de ver y comprender es producto de su Omnipotente voluntad, conduciendo con Inmensa Sabiduría las cosas, de forma que la Justicia sea completa, armonizada con la Misericordia ó Amor, resultando un todo uniforme, fácil, natural y propio de quien es tan Perfecto, de quien es Inefable y Magnífico en su esencia y en todas sus manifestaciones.

Veamos pues. La promesa en el Paraíso al primer hombre, de que vendría el Redentor, y que una mujer quebrantaría la cabeza de la serpiente, es como el punto de partida, donde comienza Dios á estar al lado del hombre, después de la caída del pecado.

La predilección y protección constantes de Dios al pueblo de Israel, ayudándole á alcanzar victorias, aun suspendiendo el curso de los astros; derribando al sonido de trompetas las murallas de ciudades rebeldes; el diluvio, para el que mandó construir el arca de salvación de los buenos creyentes; la confusión de la soberbia humana en la torre de Babel; las plagas con que costi-

gó al pueblo egipcio en favor de la libertad de los Israelitas; el trágico fin de Faraon y los suyos, envueltos y confundidos entre las olas del mar Rojo; Betulia triunfante; los Macabeos dando ejemplos de fé y fortaleza sin igual; Judas Macabeo, protegido especialmente por el Señor, hasta triunfar y purificar el templo de Jerusalem ¿qué nos dicen esas notables figuras, esos notables acontecimientos, sinó que, á pesar de la libertad humana, el Hacedor Supremo ha sabido reservarse secretísimos resortes, para ejercer su Omnipotente providencia en el mundo, y gobernar, haciendo ó permitiendo, segun mas conveniente lo viera su sabiduria infinita?

¿Qué significa, qué expresa la gran figura de Moises, arrojado al Nilo en una cesta, libertado por la hija de Faraon, criado á sus espensas y con su especial cariño para que fuese luego el caudillo y legislador de Israel, el libertador á su vez de aquel pueblo predilecto de Dios?

¿Que expresa, qué significa la no ménos grande figura del tierro Rey Profeta, del pastor David, que derriba de una pedrada al gigante, le corta la cabeza, y confunde á los enemigos del Señor?

¿Qué significan, qué expresan las hermosas y simpáticas figuras de Judit, de Jael, de Esther y de otras matronas del Testamento antiguo, cuya historia nos maravilla y entusiasma?

Y por otra parte ¿qué expresan, qué significan Holofernes, general de Nabucodonosor, muerto cautelosamente para que se salvase Bethulia; Nabucodonosor, soberbio y cruel, castigado á vagar lleno de confusion por espacio de siete años entre las fieras; Jezabel, impia mujer de Achab, que hace matar á los profetas, y luego es ella despedazada por los perros como lo habia vaticinado Elias; Senaquerib, blasfemo, muerto por sus hijos; Baltasar que muere en la noche misteriosa; Antiocho, destructor del templo, blasfemo, lacerado, lleno de agudísimos dolores, teniendo que confesar en su postrimeria la mano Omnipotente de Dios?

¿Es todo esto como casual? ¿No habla de la accion y del influjo de Dios la singularidad de la historia de esos personajes, á quienes el mismo sentimiento filosófico general concede sin reserva un destino providencial sobre la tierra?

Pues si todo eso es como casual, la Casualidad entonces es muy sabia; esa Casualidad de seguro que entiende bien lo que hace, y es tambien muy poderosa; porque ciega, ni impotente, ni ignorante no seria esa casualidad, cuando entre sus vaguedades y su nada, digámoslo asi, surgian tales acontecimientos, tales personas, tales historias llenas de prestigio, de misterios, de grandezas y de fines tan especiales. Asi pues, dirémos, que no siendo esa casualidad ni ciega, ni ignorante, ni impotente, esa casualidad merece otro nombre; no hay inconveniente alguno en realzarla hasta lo divino; en una palabra, en llamarla Providen-

cia de Dios, porque en efecto, solo Dios es así sabio, es así potente y grande.

(Se continuara)

CÁRLOS M.^a BARBERÁN.

A LEONISE.

Graciosa Leonise,
 Que al céfiro lanzas,
 Entre hondos suspiros,
 Tus quejas amargas:
 ¿Por qué así tus ojos
 Qué al cielo retratan,
 Como éste de nubes,
 Se cubren de lágrimas?
 ¿Por qué en tus megillas
 Que ayer habitaba
 Cual único dueño
 La flor de granada,
 Se ostentan ahora
 Jazmines y acacias?
 ¿Por qué de tu mórvida,
 Divina garganta,
 No ya cual solias,
 Los trinos derramas,
 Tan suaves y dulces,
 Leonise adorada,
 Que mil ruseñores
 Ayer te envidiaban,
 Y solo tristisimos
 Gemidos exalas?
 ¿Por qué es este cambio?
 ¿Acaso estas mala?
 ¿Quién pudo ofenderte?

¿Quién causa tus ansias?
Por Dios que lo digas;
Comienza ¿que aguardas?
Que estés ciega es fuerza,
Pues tú no reparas
Que está tu silencio,
Rasgándome el alma.
No más te detengas;
Comienza ya; habla.....
Mas vuelves la vista,
Y tiembles, y callas,
Y lloras, y trémulos,
Tus párpados bajas,
Y súbitas tintas
Sonrojan tu cara;
Mas ¡ah! ya lo entiendo,
No digas palabra,
Silencio, silencio,
Que ya no hace falta,
Pues hartó me dices
Cuando tanto callas;
Cediste al encanto
De tiernas palabras;
Creíste ¡inocente!
Que amor no se cansa;
Tuviste un amante,
Juróte constancia,
Y ya satisfecho
Te olvida y se marcha
Llevándose, infame,
De tu pura alma
La casta inocencia,
Tu flor más preciada....
Para él no hay castigo,
Que es leve su falta,
Pues no hizo otra cosa
Sinó eso á que llaman
Locura de jóven
O calaverada;
Mas tú ya es distinto,
Enorme es tu falta;
Pecaste de crédula,
Y el mundo no pasa
Tan grave descuido,
Por eso con santa,
Dulce, y evágelica
Caridad cristiana,

Sus iras te apresta...
Su justa venganza,
Y á inmenso desprecio
Serás condenada,
¡Ay pobre Leonise!
Acaso abrigabas
Ilusiones dulces
Que hoy miras burladas,
Y tú no concibes
Tamaña inconstancia,
¿De qué te sorprendes?
¿Por poco te espantas!
¿No ves que las flores
Que hoy nacen y exhalan
Sus puros aromas
Morirán mañana?
¿No ves que las aves
Que aquí alegres cantan,
No ha mucho vinieron
De luengas distancias?
¿No ves, pobre niña,
Las fuentes, las auras,
Los ríos, las nubes,
Cual rápidos marchan
Cambiando de forma,
Mudando de estancia?
¿No ves las ciudades?
¿No ves las montañas
Que el tiempo ó el hombre
Destruye ó taladra?
¿No ves á los astros
Que nunca descansan,
Cual giran veloces,
Y cuál se trasladan
Del inmenso espacio
A enormes distancias?
¿Pues cómo en amores
Esperas constancia,
Leonise, si todo
En el orbe cambia!

CIVILIZACION ESPAÑOLA
DESDE LOS PRIMEROS TIEMPOS HASTA LOS GODOS.

(**CONCLUSION**) (1)

Sometidos por Augusto, tras de una serie de empeñadas y terribles luchas, los cántabros y astures, únicos pueblos que aun se mantenían independientes, vino á ser toda la península una de las provincias del Imperio romano; y si bien es cierto y doloroso á la vez que los españoles perdieron entonces por completo su independencia, en cambio llegaron á experimentar los saludables efectos que produjeron la paz, el influjo de las leyes civiles y el fomento de las artes, de la agricultura y del comercio.

Este estado de cultura se aumentó durante el mando de algunos emperadores benéficos, en su mayor parte españoles, que cifraron toda su ventura en el engrandecimiento y bien estar de sus subditos: entre los cuales debemos reseñar en primer término al ilustre Trajano, natural de la antigua Italica, en Andalucía, y el primer extranjero que ocupó el solio imperial. Grande, sin duda, fué la honra que entonces cupo á España por haber dado á Roma para regir sus destino uno de los hombres mas eminentes, tanto en lo militar como en lo civil; bástenos consignar, para elogio suyo y satisfaccion nuestra, que doscientos cincuenta años después de su muerte, segun refiere Eutropio, para complimentar el senado romano á algun emperador por su encumbramiento al trono le decia. « Veámoste mas feliz que Augusto, mejor que Trajano. » Asegurando el referido escritor que esta fórmula habia llegado hasta su tiempo. No es esto solo, sino que debemos tambien recordar con orgullo que en nuestra hermosa España nacieron los insignes y esclarecidos varones que más contribuyeron á enaltecer el Imperio romano, y á mejorar extraordinariamente el estado social de nuestra querida patria en aquella remota edad.

En efecto, durante el glorioso reinado del gran Trajano, llegó á competir hasta con la misma Roma, tanto en la construccion de edificios públicos y otras obras de general interés, como en los adelantos del comercio y de la industria. En tiempo de Adriano, hijo adoptivo y primo del anterior, se reformó la legislación civil, resultando de estos inmensos beneficios á nuestro pais, por que la justicia y el orden eran la salvaguardia y garantia de todos los ciudadanos. Marco Aurelio, sucesor de Antonio Pio, oriundo

(1) Véase el número anterior de esta Revista.

tambien de España y filósofo profundo, logró por su amor á la virtud y por su acertado gobierno mantener la paz en todo el Imperio durante más de veinte años, en cuyo tiempo la civilización española hizo los mayores progresos.

Ultimamente á Teodosio, llamado el Grande por sus muchas y excelentes coñidades y que, segun Idacio, era natural de Gaucá, en Galicia, se le debe no solo la completa sumision de los godos, que eran á la sazón el terror y el espanto de todo el Imperio, sinó tambien la abolición del culto pagano y la unidad de la religion cristiana: en una palabra, la nacion española, bajo el dominio de los romanos, y con especialidad desde Augusto hasta Teodosio, obtuvo los mayores progresos así materiales como intelectuales y morales.

En cuanto á los progresos materiales, ¿quien puede poner en duda que durante este último periodo se vió nuestra península en la mayor prosperidad? Díganlo, sinó, las obras de utilidad pública, como carreteras, acueductos, baños termales etc.; las de ostentacion y recreo, como palacios, teatros, circos y arcos triunfales de las que, á través de tantos siglos y de tantas y tan desastrosas guerras, como ha sostenido nuestra madre patria, se encuentran todavia restos memorables, algunas de ellas casi íntegras y prestando otras excelentes servicios, como sucede con el magnífico acueducto de Segovia, el puente de Alcántara, el de Mérida &.

Respecto de los progresos intelectuales, la España romana produjo los escritores más distinguidos; tales fueron, en tiempo de Augusto, el historiador Higino, los Balbos, Marco Poncio Latron y Marco Séneca, cuyas obras son consideradas como las primeras de la literatura hispano-romana del aquel siglo; y despues Columela, natural de Cadiz, que entre otras obras escribió un tratado de *Re rustica* en doce libros: el primero sobre el cultivo de los huertos, en verso, y los once restantes en prosa: y aunque el asunto se presta poco á las galas del lenguaje, sin embargo, el estudio de esta obra fué de grandísima utilidad para la agricultura española. El metódico y profundo rotórico Quintiliano, natural de Calahorra y maestro de los nietos de Domiciano, que con sus *Instituciones oratorias*, llegó á la prosperidad un documento precioso para el mayor aprovechamiento de la estudiosa juventud. « ¡ Con qué acierto, segun dice un notable escritor, la dirige por el camino de la sabiduría! ¡ Que perspicacia, qué sensatez y qué juicios tan imparciales emite sobre los escritores que califica! » Esta obra es considerada por todos los humanistas como una joya de inestimable valor. Lucio Séneca, natural de Córdoba, maestro de Neron y uno de los primeros ingenios que en su tiempo brillaron en Roma, que se distinguió por su afición extraordinaria á la filosofía natural, con la que mejoró en gran manera la moral gentilicia: fué tal su reputacion como filósofo y como poeta que, tanto los escritores contemporaneos, como los posteriores, hicieron de tan ilustre es-

pañol los mayores elogios. Y finalmente el poeta Lucano, compatriota del anterior, que con los pensamientos enérgicos y elevados, y vigoroso estilo de sus obras, sostuvo la causa de la libertad en la corrompida corte del infame Neron.

He aquí cuatro ingenios españoles que, á no dudarlo, fueron la honra y prez de la literatura latina. No nos detendremos en hacer á nuestros lectores un análisis minucioso y detallado de las obras de tan eminentes escritores, porque no lo creemos conducente á la índole del presente artículo, ni tampoco entraremos á examinar los escritos de Floro, Pomponio Mela, Marcial, Silio Itálico y otros de nuestros distinguidos compatriotas que se ejercitaron en la literatura latino-pagana, siendo así que el mérito de cada uno está ya suficientemente calificado por la mayor parte de los criticos así nacionales como extranjeros.

Y ¿qué podremos decir acerca de los progresos morales? Los españoles, desde la invasion de los romanos, no tuvieron una religion determinada: pues unos seguian el culto de los fenicios, otros el de los griegos, otros el de los cartagineses. Mas en tiempo de Augusto, no solo vinieron á nuestra península los dioses de Roma, sino tambien sus prácticas religiosas, con los pontifices, sacerdotes y augures; pero como ésta era una religion puramente sensual, en que se prestaba adoracion á las divinidades más repugnantes y escandalosas, de aquí resultò que todos los buenos filósofos aspirasen á reemplazar tan asqueroso paganismo con otro sistema religioso más conforme á la razon y á los indestructibles principios de la sana moral: éste no podia ser otro que el Cristianismo, por cuyas sublimes verdades y celestial doctrina, los españoles llegaron á obtener cierto grado de progreso moral.

Tan extraordinaria opresion y despotismo de la mayor parte de los emperadores, los horribles atentados que se cometian impunemente, y por último, la disolucion de costumbres, más inaudita, especialmente entre los magnates del Imperio, y otros crímenes, que nos abstenemos de enumerar, porque no podrian menos de herir los sentimientos más nobles y generosos del corazón, fueron causa de que el pueblo empezase á oír con júbilo y entusiasmo la saludable doctrina del Salvador, que anatematizaba todo género de esclavitud; que enseñaba la mansedumbre, la caridad, la templanza y todas las demás virtudes, combatiendo el vicio y censurando á la vez la conducta desenfrenada de aquella sociedad tan pervertida, que cifraba su mayor complacencia en las horrorosas escenas del Circo, en donde se derramaba á torrentes la sangre de un considerable número de esclarecidos cristianos, á quienes muchas veces el impío y execrable Neron hacia desnudar y untarles todo el cuerpo con resina, y colocándolos en esta disposicion dentro de sus jardines, mandaba quemarlos vivos, para que sirviesen de hachones en medio de

las fiestas más vergonzosas: ¡Tal era el monstruo feroz que la corrompida capital del Imperio romano abrigaba en su seno!

El pueblo por otra parte presenciaba con admiración y asombro las virtudes é intachable proceder de los primeros cristianos; el valor increíble, los padecimientos sobrehumanos y la indecible constancia de los mártires; y sin embargo de ser ese mismo pueblo estricto observador de sus antiguas costumbres, fué poco á poco formando parte de la inmensa y sublime asociación cristiana. Los próceres y sacerdotes del culto pagano consideraban inminente su ruina con la predicación de la nueva ley; y de aquí las atroces y encarnizadas persecuciones contra los primeros cristianos, llevadas á cabo por ciertos enperadores detestables, suspendidas por algunos más benignos, y renovadas por otros más crueles y saugrientos.

No es nuestro propósito investigar en esta breve reseña la época en que vino á arraigarse el cristianismo en España, ni mucho ménos examinar su mayor ó menor grado de progreso y desarrollo; porque esta materia, harto difícil de suyo, ha sido ya tratada por varones sapientísimos, á quienes no podemos ménos de tributar el más justo homenaje de admiración y respeto: bástanos consignar para lo que nos proponemos, que desde el siglo II. se veían ya muchos cristianos en nuestra península, que fué creciendo su número hasta Constantino, el cual proclamó el triunfo de la nueva religion sobre todas las demás sectas; resultando de aquí la grande influencia que el poder eclesiástico tuvo después en el fomento y progresos del órden social, como se deja ver en tiempo del emperador Teodosio. Este hizo que la religion cristiana se declarase y reconociese como única y exclusiva en todos sus estados, con entera abolicion del paganismo y de todos los demás cultos gentílicos que hasta entoces habian estado en su mayor apogeo; para lo cual expidió terribles decretos contra los enemigos de la nueva doctrina, en virtud de los cuales se les desterraba y confiscaban sus bienes á unos, y se les condenaba á muerte á otros: ¡Conducta reprensible en alto grado, por no ser conforme á las saludables máximas del Evangelio!

Pero prescindiendo de esta indigna y cruel intolerancia, no podemos ménos de confesar que la divina religion del Crucificado, destruyendo por completo las prácticas religiosas del paganismo, hizo brotar del corazon humano los nobles sentimientos de libertad, igualdad y fraternidad; promovió sobremanera los establecimientos de caridad y de enseñanza; dió mayor estímulo y solidez al trabajo, y últimamente restableció el órden público haciendo observar fielmente las leyes, y estrechó más y más los vínculos del matrimonio, sacando á la mujer de la triste esclavitud en que se hallaba; considerando á esta hermosa mitad del género humano como digna é inseparable compañera del hombre.

A la realizacion de tan importantes mejoras contribuyeron muy

especialmente algunos de nuestros escritores del siglo IV. entre los cuales descuellan Jubenco y Prudencio, cuyas obras son notables por la bondad de su doctrina, contraria en un todo al sistema sensual del paganismo; y aunque en la forma no podian competir con las del siglo de Augusto, encerraban no obstante en su fondo verdades que eran ciertamente la genuina expresion de la sociedad. «Ellos, segun refiere un célebre escritor, decian al pueblo; todos los hombres son hijos de Dios é iguales ante su tribunal; la caridad es la virtud por excelencia; la esclavitud es contraria á las leyes divinas; los ricos que acusan y maltratan á sus esclavos son peores que ellos. Esta doctrina tan filantrópica entusiasmaba al pueblo, que nunca habia oido preconizadas estas máximas de interés general y de tan trascendental beneficencia.»

Muerto Teodosio, dejó por sucesores á sus dos hijos Arcadio y Honorio, en cuyo tiempo se verificò la irrupcion general de los bárbaros y con ella la caída del Imperio romano. Y mientras estos pueblos feroces inundaban toda la Europa como un torrente devastador, matando, saqueando, incendiando y destruyendo cuanto se encontraban á su paso, el débil Honorio, que gobernaba en Occidente, y que se hallaba encerrado en Rávena, mandó dar muerte á su intrépido y esforzado general Estilicon, por celos de la popularidad que éste habia adquirido en las dos batallas campales ganadas á Alarico, rey de los visigodos; pero éste, muerto Estilicon, volvió á levantarse y en la noche del 23 de Agosto del año 410 entrò en Roma; y durante seis dias la saqueò, y la incendió, en tales términos, que tan sólo quedaron libres de esta catástrofe las iglesias de los Santos Apóstoles. A poco murió Alarico en Cosenza, sucediéndole en el mando su pariente Ataulfo, que habiéndose casado con Gala Placidia, hermana de Honorio, atravesó los Alpes y se estableció en la Galia meridional; y entrando después en España por los Pirineos, fijó su residencia en Barcelona, cuando el resto de la península estaba ocupado por los Vándalos en la Bética; los Suevos en Asturias y Galicia, y los Alanos y Silingos en Portugal y en las regiones del centro.

Respecto de la poblacion de España debemos manifestar que se aumentó de tal modo bajo la dominacion de los romanos, que llegó á competir hasta con la misma Italia. En tiempo de Ciceron debió ser ya muy crecida, como se infiere de las palabras de este orador distinguido, el cual decia: «No hemos aventajado ni á los españoles en el número, ni á los galos en la fuerza, ni á los griegos en las artes.» Pero aunque no pueda fijarse de una manera cierta el número de sus habitantes en tiempo de los emperadores, se puede con todo asegurar, sin riesgo de equivocarse, que fué por lo ménos doble del que después alcanzó en los tiempos de su mayor prosperidad y grandeza; debido todo esto, sin duda, al fomento que algunos de ellos dieron con más pre-

ferencia á la agricultura, industria y comercio.

Para terminar esta breve reseña creemos oportuno advertir á nuestros lectores, que un pueblo no puede ser verdaderamente culto y civilizado, si no atiende en primer término á su desarrollo moral. ¿De qué le sirve á un pais realizar empresas colosales, como oradar gigantescas montañas; unir anchurosos y dilatados mares; abrir canales para regadío y navegacion; establecer líneas telegráficas; construir vias férreas, caminos arrecifes, magníficos palacios & & si sus habitantes se encuentran envueltos en el sucio y asqueroso cieno de los vicios más abominables? ¿Por qué se hundió el Imperio romano que llegó á ser dueño de casi toda la tierra, y en los tiempos modernos han llegado algunas otras naciones á su decadencia? Porque ninguno de ellos atendió ni ha atendido cual debia á la realizacion del progreso moral; y de aquí el desprecio de la religion, la desobediencia á las leyes, el robo, el asesinato, el lujo, los placeres sensuales, en una palabra, la perturbacion social más completa y lamentable. ¡Ojalá que nuestra querida España, amante cual no otra del verdadero progreso, no siga jamás la senda extraordinaria y perniciosa de esos pueblos, que sin razon se han llamado cultos, y tenga por el contrario enarbolada constantemente la indestructible y nagestuosa enseña de la más acendrada caridad, de la más completa justicia y de la más sólida instruccion, que constituyen, han constituido y constituirán siempre la base firmísima de su libertad é independendencia.

TOMÁS PERIAGO.

TU YO Y MIO.

I.

Dicen que es hermoso el Cielo
 Con sus nubes de arrebol,
 Y la campiña y el prado,
 El pajarillo y la flor.

Pero yo digo que nada
 Tiene aspecto seductor;
 Ni es hermoso el cielo entero
 Con sus nubes de arrebol;
 Ni la campiña, ni el prado,
 Ni el pájaro, ni la flor,
 Si un corazón no es dueño
 De todo tu corazón.

II.

La mar ofrece sus olas,
 Sus cantos el ruiseñor,
 La brisa su aliento blando
 Y su hermosa luz el sol.
 Pero nada de esto quiero;
 Nada me causa ilusion;
 Ni la mar con su bravura,
 Ni el canoro ruiseñor,
 Ni la brisa vaga y leda,
 Ni la hermosa luz del sol,
 Si tu corazon no es dueño
 De todo mi corazon.

III.

Bella es la vida gozando
 Los placeres del amor,
 Hermosa la paz del alma,
 Y hermoso, pensar en Dios.
 Pero vivir de tu vida;
 Amar con tu mismo amor;
 Gozar la paz de tu alma
 Y pensar contigo en Dios,
 Esto es mucho mas hermoso;
 Que mi corazon sea *tuyo*
 Y mio tu corazon.

J. RUIZ NORIEGA.

IDEA FRESCA.

Si es verdad como ha dicho un gran filósofo, que cuantas menos ideas tiene un hombre es más sabio, indudablemente el siglo XIX. es el más sabio de todos los siglos, porque en una de aquellas, que con sola una palabra se expresa, las ha sintetizado todas, las morales, políticas y religiosas, con las que sus predecesores llenaron inmensos volúmenes.

Es una idea universal porque á todo se refiere; clara porque no hay quien no la entienda; y sobre todo *real*, que es por lo que se distingue.

Las manifestaciones todas del sér humano se subordinan y rigen por esta idea, y á semejanza del marido aquel de la zarzuela, el hombre se muestra tierno y fiel, trabaja, rabia y suda por ella como si fuese su mujer. Y en efecto; mucho de mujer tiene nuestra idea, pero de mujer—varon; es decir, de esas que se imponen imperiosamente á sus débiles mitades, quitándoles el símbolo de su autoridad. A guisa de éstas el mundo del siglo actual, obedece á su despótica tiranía.

Mirad á ese mundo dirigirse ciegamente impulsado por ella á escalar la poltrona de ministro. Levanta su poderosa voz cual el profeta cantando las ruinas de Jerusalem, en el templo de la ley; su mano traza el tinte más oscuro en el porvenir de la nacion; infama al que á su paso se opone, y cuando éste se cree arrollado y vencido y no halla otro medio de salvacion en el mar de la calumnia, le tiende una mano llena de oro que le tapa por completo la boca.

Ha conseguido su fin y calla, porque ya la idea tirana se vé satisfecha.

El mayordomo que alegra la vida de su riquísimo señor con los seductores halagos de una inocente niña de humilde cuna, y á quien luego se vé en el pináculo de la fortuna en union de la candorosa niña, transeunte nocturna de la carrera de San Gerónimo, tambien se ha enlodado merced á la influencia subyugadora de esa idea.

Ella, inteligente directora en la escena social, infunde en todos los actores un talento artístico de primer orden, y sus trágicos blanden el puñal y usan del veneno con acierto tan singular, que al final de la obra se ven aplaudidos hasta con frenesí por los que se deslumbran al verlos coronados por la fortuna.

A pesar de hacer al hombre pasar por la degradacion y la infamia, hay que conceder que todo lo hace por su amor y con solo el benéfico fin de procurarle su bienestar; así es que cuando muellemente tendido en una carretela, adulado por cien girasoles que de sus destellos viven, y lleno de oro que le hace gozar las delicias de la gula y la pereza, «muchos dobleces me cuesta, dice; muchas humillaciones; pero ya nadie se acuerda, y yo vivo.»

Ya es hora de aclarar el misterio, de decir la idea, de poner el dedo en el timbre eléctrico que resuena en todos los corazones. La idea universal y clara es la que se expresa diciendo; *Vivir*; que no puede ser mas *real*, siendo el dinero el único medio de ponerla en práctica.

El amigo que no tiene un cuarto le pregunta al amigo que se encuentra—¿Vives?—Si se trata de realizar alguna empresa, de

ir á alguna parte donde á prorrateso hay que pagar, el miserable que no tiene un céntimo exclama—¡Yo no vivo, como diciendo: los muertos no van á ninguna parte, no hacen nada;—y aquel á quien las contribuciones abrumen, á quien por cualquiera concepto le sacan el dinero, lleno de pesadumbre dice al entregarlo: —No le dejan á uno vivir—

Y es que el hombre se ha convencido de que esta vida son cuatro pasajeros dias que hay que pasar con comodidad; y como para conseguirla no hay más medio que tener oro, el que no lo tiene y no goza es un cadáver que si á alguna parte va, *va muerto*.

Muchas veces se me ha ocurrido á mí cuando he cumplido he el triste deber de acompañar al cadáver de algun amigo á la última morada, el deseo de ver mi entierro para saber quienes eran los que sentian la eterna separacion, y poder saber el número de mis amigos; mas desde que adquirí el convencimiento de que vivir es tener dinero, desde que la gran idea entró en mi cabeza á la perspectiva del fausto y de la riqueza, he visto satisfecho mi afán, presenciando mi entierro siempre que me han llevado *muerto* mis amigos, cuyo número, he podido saber en estos fúnebres actos.

Estos nos consuelan un poco á los pobres difuntos que en vano luchamos por vivir, aunque en medio de tal contento nos hace padecer la voz de los vivos que nos llaman tontos.

¡Tienen y les sobran razón!

Nosotros tambien queremos vivir; pero de un modo original: queremos vivir después de muertos; queremos que nuestro hombre viva con comodidad en el laureado jardin de la historia, en el magnífico palacio de la gloria....

Tontuna cierta y palmaria ¿Qué gozan nuestro paladar, ni nuestro olfato, ni nuestra sensibilidad toda, en fin, con que nuestro nombre sea recordado más allá de nuestra tumba?

Lo positivo es embriagarnos en esencias; dar rienda suelta á las pasiones en los bailes y en las orgías. Hacer esto es gozar; conseguido, vivir; lo demás son ideas rancias que apestan.

La idea fresca, la gran idea, la que debemos seguir nosotros los lilusos, los tontos, dicho queda y el mundo la aclama: Vivir.

J. SANCHEZ ROS.
